

Cesare Letta, *Tra umano e divino. Forme e limiti del culto degli imperatori nel mondo romano* (=La Casa dei Sapiienti 3), Sarzana-Lugano, Agorà & Co., 2021, xviii + 206 pp. [ISBN 978-88-89526-73-6]

Estamos ante la monografía de un prestigioso estudioso italiano como es Cesare Letta, profesor emérito de la Universidad de Pisa donde de 1976 a 2014 enseñó Historia de Roma y Epigrafía latina y, desde 2005, dirige la revista *Studi Classici e Orientali*. Sus numerosas publicaciones sobre historia romana e historiografía, epigrafía latina e itálica y arqueología romana, constituyen hoy obras de inexcusable referencia.

Me atrevería a decir que el tema que trata es, en la actualidad, el asunto o fenómeno más polémico de la historia y de la religión de Roma. El culto imperial, por su ambigüedad sobre todo en las provincias, ha suscitado en los últimos decenios debates y puntos de vista historiográficos muy encontrados y una abundantísima bibliografía, si bien desde *Emperor Worship and Roman Religion* de I. Gradel, publicado en Oxford/New York en 2002, ningún estudioso ha proporcionado una visión general de dicho fenómeno político y religioso. Con razón el primer capítulo de la obra de Letta lleva el elocuente título de “El culto imperiale come problema”. No es la primera vez que aborda el tema, sino que, como refleja la bibliografía, en los últimos años ha venido publicando varios trabajos (algunos en colecciones españolas) centrados en los *divi*, *Lares Augusti*, el *Genius* o el culto de la *domus* imperial.

La monografía se abre con una introducción de Alessandro Biancalani, director de la colección, a la que sigue una presentación de John Scheid respaldando las tesis del autor. Son nueve los capítulos que la articulan: *I. Il culto imperiale come problema; II. Il culto di stato dei divi; III. Il culto di stato dell'imperatore vivente; IV. Il culto pubblico in Italia; V. Il culto privato; VI. Il culto provinciale; VII. Venerazione di un uomo o adorazione di un dio?; VIII. Il culto imperiale e i Cristiani; IX. Nel segno dell'ambiguità.*

El motivo que parece animar al autor a tratar el tema del “culto imperial” es la tendencia por parte de algunos especialistas a considerar que el emperador viviente fue adorado como un dios en todo el Imperio, incluida Roma (a título de ejemplo, consúltese el reciente artículo de C. Alarcón – F. Lozano, “*Hunc deum quis credit? Some Considerations on the Belief in the Divinity of Emperors*”, *Electrum* 30, 2023, 339–352). Contra esta equivocada posición, Letta trata de establecer “punti fermi” distinguiendo entre el culto de estado (oficiado en Roma y en los campamentos militares), cultos provinciales (oficiados por los representantes de las comunidades de cada provincia reunidos en *concilia* o *koiná*), cultos ciudadanos y cultos privados.

A través de una documentación que descansa, sobre todo, en testimonios literarios, epigráficos y arqueológicos, el autor trata de demostrar que en el primer caso, el culto de estado, durante toda la época imperial permanecieron en vigor los dos principios

establecidos por Augusto: de una parte el culto dirigido solo al emperador difunto, formalmente proclamado *divus* por el senado; de otra, solo rituales u homenajes indirectos al emperador viviente a través de libaciones y sacrificios pero ofrecidos no a él sino para él a través de los dioses tradicionales, a su *genius* o a su *numen* y abstracciones divinizadas ligadas al gobernante con el epíteto de *Agustus /Augusta*. Por lo tanto, las libaciones y las ofrendas específicas hechas frente a una imagen del emperador viviente no estaban dirigidas a él, sino a su Genio, simbolizado por esa imagen. Los gestos de homenaje, como la reverencia o la genuflexión, eran sólo actos de reconocimiento de la *maiestas* del emperador, es decir, de su autoridad superior, sin convertirlo en dios en vida.

Letta insiste a lo largo de los primeros capítulos en que fue principalmente bajo la influencia de Augusto como se concibió el culto imperial, siempre de acuerdo con las tradiciones religiosas de la época republicana. Reafirma en particular el valor religioso del culto al genio del emperador, así como el culto a las virtudes imperiales, y considera que el culto provincial, principalmente en el mundo de habla griega, no siguió los mismos patrones que el culto en la capital. En su opinión, la acción de Augusto se limitó esencialmente a aceptar, rechazar o atemperar los honores proclamados espontáneamente por las ciudades griegas, en línea con la tradición helenística.

Letta no oculta su abierta oposición a las propuestas de autores anglosajones o alemanes cuando para Occidente hablan de manifestaciones de un culto al emperador viviente. Como no podía ser de otra forma, presta gran atención a la divinización de César, especialmente como un modelo de *divus*. Argumenta convincentemente que Julio César había iniciado un proceso para ser honrado como una deidad ya durante su vida. La deificación del dictador se presenta así como la culminación de un acalorado debate en Roma al final de la República. El decreto del Senado en el año 30 a.C., inmediatamente después de la victoria final de Octavio, estableció que se debían ofrecer libaciones en cualquier banquete, público o privado, o pronunciar un juramento de lealtad a él con ocasión del voto anual, que en adelante se sumaron al tradicional voto *pro salute rei publicae*.

Reconoce que, por lo que respecta a los cultos ciudadanos y a los cultos privados, el panorama es variado y no estamos en disposición de establecer reglas generales. Cree, sin embargo, que, al menos en Italia y quizá en las comunidades provinciales de *cives* romanos (colonias, municipios), los cultos públicos ciudadanos se atuvieron a los principios fijados por Augusto para la religión de estado, evitando cualquier forma de culto directo del emperador viviente.

Las páginas más complejas son sin duda aquellas dedicadas a las respuestas de las periferias del imperio a las exigencias de Roma dada la actitud ambigua y contradictoria de sus ciudades y habitantes, con notables diferencias entre Italia y el Occidente de una parte y Oriente de otra (IX. “Nel segno dell’ambiguità”). Dicha ambigüedad es la que suscita una mayor discusión y puntos de vista enfrentados de difícil reconciliación, lo cual se explica, en palabras del autor, porque “doveva esser facile varcare la sottile linea che distingueva il semplice omaggio reso a un uomo di cui si riconosceva la superiorità dal vero e proprio culto tributato a un dio” (p. 165). Dicha actitud obedece a la idea propia de la mentalidad helenística de dirigir actos de culto a un hombre vivo así como de divinizar al monarca, un fenómeno “natural”, libre de la distinción entre el emperador vivo o muerto.

Finalmente, en el capítulo VIII (“Il culto imperiale e i Cristiani”), el autor analiza la tensa relación entre el cristianismo y el culto imperial. Un breve estudio del vocabulario griego usado por Pablo de Tarso en la primera carta a los Corintios para describir sus puntos de vista sobre el culto imperial arroja luz sobre las causas de su oposición. Frente a esta amplia comunidad religiosa, en su opinión, el poder central no pretendía que el emperador viviente fuese adorado como un dios, sino que exigía a sus miembros que, como los demás ciudadanos, ofreciesen libaciones a su *Genius* y jurasen ante él con ocasión de los *vota* o en presencia de los jueces.

El trabajo está acompañado, además de por una extensa bibliografía (169-178), en la que hay algunos títulos ausentes (por ejemplo, J. Brodd, J. L. Reed (eds.), *Rome and Religion: A Cross-disciplinary Dialogue on the Imperial Cult*, Atlanta, 2011), por tres detallados índices, de fuentes literarias, epigráficas y de nombres. Es notable el esfuerzo de síntesis realizado por el autor sobre un tema tan rico y complejo. Aun así, el libro es de sencilla lectura, facilitada por la traducción de los textos literarios, historiográficos y epigráficos, traducidos al italiano por el autor. Respecto a este último tipo de testimonios, Letta nos recuerda que en muchas inscripciones el nombre del emperador figura en dativo, lo que puede ser interpretado de varias formas (puede tratarse de un “dativo honorífico”, o “di vantagio” pero también de una verdadera dedicación al emperador como dios). Para clarificar el sentido de la inscripción y la naturaleza humana o divina del destinatario, C. Letta ha optado por efectuar la correspondiente traducción italiana. Este es a mi juicio el mérito de la obra: no se enuncian en ella principios teóricos generales sino que se aborda el problema del culto imperial a través del análisis directo de numerosos textos grecolatinos, inscripciones (de lo cual dan fe los índices de fuentes literarias y epigráficas: pp. 179-191) y cierto número de relieves. Una acertada opción metodológica que honra al autor.

Santiago Montero Herrero
Universidad Complutense de Madrid
smontero@ucm.es